



IV MEDITACIÓN:
LAS TENTACIONES Y VICTORIA DEL MÁRTIR.
AYER Y HOY

LA TENTACIÓN COMO LUCHA APOCALÍPTICA

0. Introducción

La tentación, en clave apocalíptica, es una invitación a tomar en serio nuestra libertad para edificar o destruir. La tentación nos pide vigilancia activa, porque -como dijo san Agustín- «Dios, que te creó sin ti, no te salvará sin ti». En la tentación Dios nos pide una respuesta, aunque está dispuesto a ayudarnos: ¡no nos dejes caer en la tentación y libranos del Maligno!

Nuestros hermanos mártires de Barbastro fueron sometidos a la “tentación apocalíptica”, la más seria y decisiva. Con la ayuda del Espíritu de Dios lograron salir victoriosos e inmunes de ella. Esta meditación nos interesa a nosotros, tantas veces tentados porque nuestra lucha “no es contra sangre y carne sino contra principados, potestades... (Ef 6,12).

Dividiré esta meditación en tres partes:

- Tentaciones y batalla espiritual de nuestros mártires.
- La tentación como batalla apocalíptica.
- “También nosotros somos tentados”: nuestras Constituciones.

1. Tentaciones y batalla espiritual de nuestros mártires

Los jóvenes seminaristas claretianos de Barbastro sufrieron terribles tentaciones: intentaron sus verdugos que renunciaran a su fe y obtener así su liberación de la pena de muerte. A pesar de las ofertas para salvar la vida, no renegaron de su fe. La certeza de que nadie había renegado de su fe circulaba cada noche.

Para vencer la constancia de los misioneros jóvenes, los separaron de sus superiores y formadores. Fueron sometidos a la tentación de las *prostitutas medio desnudas*, que entraban en el salón donde estaban presos durante la siesta y por la noche, para intentar vencer su castidad. Las mujeres se les acercaban de manera insinuante, les tiraban de la sotana y les ofrecían “instrumentos de pecado”. Ninguno de los misioneros les contestó ni las miró; el resultado fue que las mujeres se iban furiosas. Estas incitaciones cesaron después de que el Padre Ferrer, Superior de los Escolapios, protestó ante el Comité.

Fueron sometidos varias veces a *simulacros de fusilamiento* para aterrorizarlos. Un pelotón de milicianos o soldados se presentaba en el salón y les gritaba que se pusieran contra la pared para ser fusilados. Los misioneros permanecían así durante una hora, esperando la descarga. Uno de los testigos describió este momento como aquel en el cual más se sufre. Uno desearía que dispararan ya de una vez para no prolongar más esa agonía. Esa amenaza solo terminaba con una blasfemia o la risotada sarcástica de los milicianos.

A los veinte claretianos llamados en la medianoche del 12 al 13 de agosto, Mariano Abad les *ofreció salvar la vida si se quitaban la sotana y marchaban al frente con los anarquistas*. La respuesta de los mártires fue unánime: “¡Viva Cristo Rey! ¡Viva la Iglesia Católica! ¡Viva el Corazón de María!». Esta oferta fue repetida antes de ejecutarlos en la carretera de Berbegal. La sotana era considerada un signo de su consagración, especialmente odiado por los enemigos de la fe. Para nuestros mártires era signo de “fidelidad” y “perseverancia” en la vocación.

A pesar de estas pruebas y ofertas, ellos prefirieron permanecer fieles, sabiendo que esta elección les costaría la vida.

2. La tentación como lucha apocalíptica

En la tradición bíblica, la tentación no es un simple tropiezo moral, sino una lucha cósmica entre el bien y el mal.

a) *“Peirasmos” o tentación*

El libro del Apocalipsis presenta al dragón (símbolo del mal) persiguiendo a la Mujer y a sus hijos (Apc 12). Muestra así que el mal busca corromper tanto al individuo como a la comunidad.

El término griego con que el Apocalipsis expresa esto es: πειρασμός -peirasmós- o tentación, que significa “desafío a la fidelidad”, y en el contexto cristiano significa “desafío a la fidelidad a la Alianza establecida por Dios con nosotros”.

El libro del Apocalipsis no ofrece una definición o explicación directa de este término, pero sí describe ampliamente todo lo que gira en torno a la tentación: la presión para adorar a la Bestia y caer en la idolatría, la corrupción económica y política asociada a Babilonia, el ambiente de vicio, y la necesidad de resistencia contra poderes opresores para mantener la fidelidad a Dios. Estos conceptos se transmiten a través de un *lenguaje simbólico y evocador*: “la gran Babilonia, madre de las lascivias y abominaciones de la tierra” (Apc 17,5), “la gran Babilonia, morada de demonios, guarida de todo espíritu impuro y refugio de toda bestia inmundada y odiosa” (Apc 18,2). La gran Babilonia persiste hoy, como en tiempo de nuestros mártires y tiene como característica “hacer caer en la tentación” (peirasmós) que induce a romper la Alianza con Dios

b) *Adorar la Bestia (prostitutas, simulacros de fusilamiento, renuncia a la sotana)*

La gran tentación es “adorar a la Bestia” y ser infiel a Dios. Quienes cedan a la tentación merecerán la “tortura con fuego y azufre”. La ciudad-símbolo de Babilonia representa la concentración de la fuerza demoníaca en un sistema organizado a nivel económico, social y político. A Babilonia se le acusa de “prostitución” (idolatría) por su culto desenfrenado a la riqueza y al lujo. Éste es el clima malsano de vicio y necedad -propicio para las prácticas inmorales- en que nos encontramos los seguidores de Jesús y en especial los religiosos.

El apocalipsis quiere hablar más a las emociones que a la razón lógica. Sus símbolos no son estenográficos, ni forman un código simple. La tentación en este contexto es la presión hacia un nuevo ateísmo, como el que se reflejó en la frase que llevaban inscrita algunos autobuses en el contexto del nuevo Ateísmo: “Probablemente dios no existe. Deja de preocuparte y disfruta de la vida”. O en otros slogans contemporáneos como: “construyamos una moralidad basada en la empatía y el bienestar humano”, o “libérate del miedo al infierno y la esperanza de un cielo: crea tu propio propósito”.

c) *Los seguidores del Cordero, los santos y verdaderos adoradores*

En el libro del Apocalipsis, los seguidores fieles del Cordero (Cristo) se destacan como un grupo que: rechaza adorar a la Bestia (símbolo del mal y la opresión) y se opone a quienes traicionan su fe. Es un “resto elegido por gracia” (cf. Rom 11): no son una minoría numérica, sino el Pueblo de Dios que se mantiene fiel en medio de la corrupción.

La Bestia los combate, los vence temporalmente y los mata, pero **Cristo ya ha derrotado al mal** con su resurrección. Su resistencia se basa en la convicción del amor no violento de Jesús, superior a toda opresión, y en la esperanza en el señorío final de Dios. Son mártires. Su negativa a someterse a la Bestia les trae persecución y muerte, pero su sangre “clama justicia” y su muerte es su victoria definitiva sobre el mal.

No celebran la derrota de sus enemigos, sino que su canto se centra exclusivamente en la

alabanza a Dios. Sus nombres están escritos en el libro de la Vida.

Las “bestias modernas” (abuso de poder, de dinero y de sexo) exigen la misma fidelidad radical de los mártires. La fidelidad a Cristo, el Cordero de Dios les libera del poder de las Bestias. Los seguidores del Cordero encarnar una resistencia activa al Mal, fundamentada en la fe y el amor, que transforma el martirio en testimonio de Vida.

Los seguidores de Jesús no adoran a la Bestia. Sus nombres están inscritos -desde el principio- en el libro de la Vida. Pasarán por la prueba, pero su muerte será el momento de su victoria última sobre el mal. Su existencia es un *testimonio radical y una resistencia* al poder opresor y deshumanizante del mundo, motivada por la fe y la vocación al discipulado.

Hoy, como los mártires, enfrentamos ‘bestias’ modernas (materialismo, relativismo, persecución religiosa). Su testimonio nos llama a elegir fidelidad, aunque cueste la vida”.

Y una pregunta: “¿Qué ‘sotana’ estamos dispuestos a defender hoy, incluso ante la muerte?”.

3. “También nosotros somos tentados”: nuestras Constituciones

Nuestras Constituciones nos dicen el n. 53, que:

“del mismo modo que nuestro Señor Jesucristo fue llevado por el Espíritu al desierto para ser tentado por el diablo, nosotros, discípulos suyos seremos tentados muchas veces. Durante las mismas tentaciones, sin embargo, debemos permanecer unidos a Cristo, que todavía es tentado en nosotros”.

Nuestro camino de espiritualidad está lleno de obstáculos. Unos son interiores, otros exteriores. Cada uno de nosotros lleva en sí esa innata condición de pecador que le hace espontáneamente cómplice del mal. El camino es espiritual, pero “yo soy de carne” (cf. Rom 7,14). El mundo, el demonio y la carne encuentran en nosotros una secreta complicidad (1 Jn 2,14-17). Y cuando ésta es desechada, desde el exterior llegan a nosotros solicitudes, halagos, para que hagamos lugar en nuestra vida al maligno. ¿Quién me librará de este cuerpo que me lleva a la muerte? (Rom 7,24). En la oración sacerdotal, así como en el Padrenuestro, Jesús pidió al Padre que nos preservara del Maligno.

Nuestras Constituciones, cuando nos exhortan a superar las tentaciones son de una profundidad teológica conmovedora. Nos hablan de las tentaciones, bajo esta perspectiva: “Cristo es todavía tentado en nosotros”.

Quizá sea ésta una dimensión de nuestra vida a la que no prestamos suficiente atención. Nuestros mártires de Barbastro fueron capaces de vencer las terribles tentaciones que les ofrecían salvarse de la muerte a costa de abandonar su vocación. Hoy tal vez ponemos en peligro nuestra perseverancia en la vocación cediendo a las tentaciones. Por eso, es importante este tema en el conjunto de estos Ejercicios Espirituales.

4. “Camino del Testimonio”: actividad personal para interiorizar la meditación

Para transformar la reflexión teórica en un llamado a la acción, conectando el heroísmo de los mártires con nuestras luchas cotidianas propongo:

- **Recorrido guiado en el lugar/museo (real o virtual):** el salón, lugares de fusilamiento; releed tentaciones específicas que enfrentaron los mártires. Y pregúntate: *¿Qué vida me ofrecen hoy a cambio de renunciar a mis valores?*
- **Ritual de renuncia simbólica:** Se entrega a cada participante un objeto cotidiano (llave, bi-

llete...) que representen una tentación actual (materialismo, vanidad, miedo). En silencio lo depositan en una urna con la frase: "Prefiero perder esto, antes que traicionar mi fe.

- **Diario de resistencia espiritual:** Escribo en mi cuaderno una tentación que enfrenté "tal" día. ¿Cómo respondí, cómo me gustaría hoy responder? Escribo una frase de los mártires o del Apocalipsis que me inspire.
- **Oración personal con salmos de lucha:** el salmo 27 ("El Señor es mi luz y mi salvación") o el cántico de los vencedores (Apoc. 15,3-4).
- **Un momento de silencio:** para escuchar la voz de los mártires en el lugar donde murieron.
- **Compromiso concreto:** Al finalizar: "elijo y opto por: o dejar de criticar, o defender a un perseguido, o donar tiempo a una causa justa). Evoco el grito de nuestros mártires y escribo: "¡Viva Cristo Rey! Lo escribo y lo deposito en la urna ante el altar.

TENTACIÓN “HOY”: MIRAR LAS SOMBRAS DE FRENTE

0. Introducción

Hemos meditado ya sobre las tentaciones que hubieron de afrontar nuestros hermanos mártires. Todos los días en la oración del Padrenuestro suplicamos: ¡no nos dejes caer en la tentación! En la versión italiana han traducido: ¡no nos abandones en la tentación! Y, por eso, hemos de preguntarnos: ¿qué es la tentación? ¿cuáles pueden ser mis tentaciones? Las tentaciones son nuestras “sombras”. A veces no somos muy conscientes de ellas y de cuáles son.

Para descubrirlas en toda su sutileza voy a servirme de una obra famosa obra de teatro del Thomas Sterans Eliot “Asesinato en la Catedral”, publicada y estrenada el 1935. En ella, Eliot nos ofrece una reflexión muy interesante sobre la tentación, tomando como motivo, cuatro tentaciones que -según él- hubo de enfrentar y vencer Thomas Becket.

Thomas Becket vivió en los años 1118 al 1170. Fue amigo del rey Enrique II, quien lo nombró su canciller de Inglaterra y posteriormente canciller del Rey. Al ser nombrado arzobispo se convirtió en un ferviente defensor de los derechos de la Iglesia frente a la autoridad real. El rey tenía como “oposición” a los barones normandos, que intentaban imponer su poder allí donde residían. Cuatro de ellos fueron los asesinos de Thomas Becket en la catedral de Canterbury el año 1170.

Esas cuatro tentaciones nos sirven también a nosotros, hoy, de auto-conocimiento y auto-examen. El tentador no es un personaje exterior, sino interior: él conoce los rasgos de nuestro carácter, nuestra identidad, nuestras sombras. La tentación es una “lucha contra las sombras”.

Dividiremos esta meditación en cuatro partes:

- Primera tentación: ¡Prioriza la comodidad sobre los principios éticos!
- ¡Instrumentaliza la fe para escalar o influir!
- ¡Radicaliza tu postura religiosa e ideológica y obtendrás poder!
- Busca el reconocimiento social, pero disfrazado de hombre espiritual.

Cada una de las cuatro tentaciones son un reflejo de lo que sucede también hoy en la vida religiosa y misionera... entre nosotros y en cada uno de nosotros.

1. Primera tentación: ¡Prioriza la comodidad sobre los principios éticos!

El primer Tentador invita a Thomas Becket a recuperar su cargo de Canciller de Enrique II. Le recuerda la amistad con el rey, las fiestas en las que participaba, el poder que tenía. Todo eso lo ha perdido por seguir su vocación eclesiástica. El tentador le infunde la nostalgia de todo aquello que es ya irreplicable.

Becket rechaza la nostalgia, porque “nunca vuelve el mismo tiempo”. Pero, además, ya no desea esa vida. Su transformación espiritual lo alejó de aquellos valores.

El Tentador le propone una vida cómoda (“no hay que ser tan radical”), pero Becket busca “la paz que concede el Señor”, no la seguridad mundana. ¿Qué es más importante lo material o lo espiritual?

Más todavía: imaginemos que Becket viviera hoy ¿qué le diría el primer Tentador?" ¿Cuál sería el rostro contemporáneo de aquella tentación? No pocos religiosos y religiosas se sienten las limitaciones de su forma de vida comunitaria, misionera, cuando la comparan con sus años de juventud, con los amigos, los estudios, la carrera, la autonomía, los sueños y experiencias juveniles. ¡Aquello era vida, y no ésta! Se trata de la seducción sutil de un bien menor -volver a la juventud, a los amigos- y que nos aleja de la vocación con la que un día nos comprometimos.

En nuestra vida nunca vuelve el mismo tiempo. Becket responde que opta por "aquella paz que no es la del mundo, sino la que concede el Señor". No pocos religiosos han cedido a esta tentación y han abandonado la vida comunitaria y la vocación que un día les sedujo. Son muchísimos los religiosos que han cedido a esta primera tentación en nuestro tiempo.

2. Segunda tentación:

¡Instrumentaliza la fe para obtener fines políticos, escalar o influir!

El segundo tentador propuso a Becket lo siguiente: si vuelves a tu anterior estado tendrás la posibilidad de gobernar con justicia, proteger a los débiles y equilibrar poderes; después tendrás tiempo -cuando sea- de dedicar a la radicalidad espiritual. Antes de pensar en ideales tan altos de "santidad" hay que resolver otros problemas: hay que ser tecnócratas pastorales y responder a lo más urgente: la estabilidad social, el realismo político.

Becket descubre la falacia de esta tentación: eso sería mercantilizar lo sagrado, poner lo trascendente al servicio de la gestión burocrática. Es mucho más importante la autoridad espiritual de "atar y desatar" que encargarse de la mera burocracia.

Existe la tentación de profesionalizar lo religioso. Es como un "ateísmo encubierto". Hacerse un profesional del sacerdocio, con sus ritos, su técnica, pero sin conexión existencial con Dios. Dando valor absoluto, a lo que es relativo. Esta dinámica, que Richard Rorty llamaba ironía pragmática: uno actúa como religioso, pero en el fondo no se lo cree. Es como el "ateísmo interior" de uno que exteriormente aparece como funcionario de lo religioso. Becket opta por "el servicio sufriente del Hijo del hombre" y renuncia a pactar con otro tipo de estrategias.

Hoy esta tentación tiene que ver con el "narcisismo espiritual": lo importante no es Dios, sino el "ego" que habla de Dios: ¡no hacer de las obras eclesiales "mi ídolo", la obra de mis manos. Becket fue muy incómodo en su tiempo. El rey Enrique se preguntaba: "¿Nadie me librará de este turbulento sacerdote?".

Y nosotros hoy nos preguntamos ¿cómo evitar la instrumentalización de lo religioso para nuestro propio narcisismo? Becket modeló su sacerdocio -¡no centrado en "actividades religiosas"!-, sino en el diálogo personal con Dios.

El drama de Becket condensa el conflicto permanente entre dos visiones de la existencia: la que se centra en el "ego" o la que se centra "en Dios". T.S. Eliot advierte que la "última tentación" no es el pecado en sí mismo, sino "hacer la acción correcta por la razón equivocada" -convertir un acto de honra a Dios, en un acto de auto-exhibición-.

3. Tercera tentación:

¡Radicaliza tu postura religiosa e ideológica y obtendrás poder!

El tercer tentador le ofrece a Thomas Becket una propuesta tentadora: unirse a los barones normandos y formar con ellos una alianza estratégica, una "coalición de intereses inteligentes" sobre Inglaterra y Roma. Los barones le ofrecerían apoyo a la Iglesia para debilitar la autoridad del rey.

Becket rechaza también esta oferta. Se niega a confiar en quienes conspiran contra el rey, argumentando que no puede aliarse con traidores ni convertirse en “un lobo entre los lobos”. Su negativa no es solo política, sino profundamente ética: no quiere traicionar a nadie ni buscar el poder a cualquier precio.

El texto conecta la actitud de Becket con la de Jesús, quien también rechazó el poder terrenal. Cuando la multitud quiso hacer a Jesús rey tras la multiplicación de los panes, él se retiró (Jn 6,15). Y ante Pilato, declaró: “Mi reino no es de este mundo” (Jn 18,36). Becket, como Jesús, se resiste a convertir la fe en una herramienta de poder político.

Esta tentación refleja el riesgo de que los religiosos se impliquen en alianzas políticas radicales, confundiendo la misión espiritual con la lucha por el poder. Es una forma de idolatría moderna: poner la política por encima del Evangelio.

Becket recuerda la enseñanza de Jesús sobre el tributo al César: hay que dar al César lo que es del César, pero sobre todo respetar a cada ser humano, en quien está impresa la imagen de Dios. Este equilibrio entre lo espiritual y lo terrenal expone al discípulo al riesgo y, a veces, al martirio.

Si Becket viviera hoy, ¿qué le diría el tercer tentador? Quizá el tentador le ofrecería pactos con grupos de poder o ideologías, pero la respuesta de Becket seguiría siendo la misma: la fe no se negocia por influencia política.

4. Cuarta tentación:

¡Busca el reconocimiento social, pero disfrazado de hombre espiritual!

En la cuarta y última tentación, Thomas Becket se enfrenta al desafío más sutil y peligroso: no se trata ya de bienes materiales ni de poder político, sino de su propio deseo interior de grandeza y gloria espiritual: la Tentación del Martirio por Vanidad.

El cuarto tentador reconoce que el destino de Becket es la muerte violenta, porque ese es el deseo no solo del Rey, sino también de los barones. Entonces el tentador le dice: hay un poder “supremo y espiritual” que tendrás si al final acabas como “un mártir” y “un santo”. Reinarás desde la tumba: serás venerado por multitudes y verás a tus enemigos humillados. ¡Busca el martirio! No por obediencia a Dios, sino por orgullo, para alcanzar gloria eterna y admiración de los hombres.

Esta tentación es la más insidiosa porque apela a los deseos más profundos del propio Becket: el anhelo de ser recordado, de dejar huella, de alcanzar la santidad como una meta personal.

La respuesta de Becket es la pureza de intención. Becket identifica esta tentación como la más peligrosa de todas: *hacer lo correcto por un motivo equivocado*. No se trata de morir por Dios, sino de buscar la propia exaltación. Como él mismo dice, es la “traición más grande”: convertir el martirio en un acto de egoísmo, no de amor y entrega.

Los grandes pensadores cristianos, como Orígenes y Clemente de Alejandría, admiraban el autocontrol y la pureza de los mártires. Becket entiende que el verdadero martirio no es un logro humano ni una búsqueda de gloria, sino un don de Dios, una respuesta humilde y silenciosa a su voluntad.

El Martirio es para gloria de Dios, y no para gloria del ser humano. El auténtico mártir no muere para ser admirado, sino para dar gloria a Dios. Solo puede gloriarse en la cruz de Cristo, renunciando al honor y al reconocimiento. El martirio es un misterio de humildad, no de ambición.

Imagina que Becket viviera hoy, ¿qué le diría el cuarto Tentador?

Después de estas tentaciones, Becket guarda silencio y se prepara para el acto final. Los coros expresan las dudas de los discípulos: “No hay descanso en la casa”. Se evoca un ambiente similar a la crucifixión de Jesús. Es el momento de máxima debilidad: “Sálvanos, sálvate a ti mismo”.

Becket no fue un superhéroe, sino un hombre que eligió mirar sus sombras de frente.

5. Conclusión

¿Cuál de estas sombras habita en mí?

El camino de espiritualidad y misión que los misioneros hemos de recorrer está lleno de obstáculos. Unos son interiores, otros exteriores. Cada uno de nosotros lleva en sí esa innata condición de pecador, que nos hace espontáneamente cómplices del mal. El camino es espiritual, pero yo soy de carne (Rom, 7,14). El mundo, demonio y carne encuentran en nosotros una secreta complicidad (1 Jn 2, 14-17). Y cuando ésta es desechada, desde el exterior llegan a nosotros solicitudes, halagos que ponen en peligro nuestra vida y vocación. En el padre-nuestro suplicamos: “Abbá, líbranos del Maligno”.

6. “En las huellas de Becket: Un viaje a las propias sombras”

- **Paso 1:** Identifico una de las cuatro tentaciones que resuena más en mi vida personal. *¿En qué momento he priorizado el reconocimiento sobre la autenticidad? (Cuarta tentación).*
- **Paso 2:** Escribir una carta a esa “sombra”, dialogando con ella. Preguntas guía: *¿Qué me prometes? ¿Qué me cuesta seguirte? ¿Qué perdería si te elijo?*
- **Paso 3:** Crear un símbolo de resistencia (ejemplo: dibujar una cruz en una piedra, escribir una palabra clave en un papel y quemarlo simbólicamente).
- **Oración:** “Líbrame del Maligno, Señor, pero no me dejes ignorar mi propia fragilidad”.